

Hannah

El pensamiento político de Hannah Arendt se origina en sus vivencias personales. Nacida en Alemania en el seno de una familia judía, vivió el ascenso del nazismo y tuvo que exiliarse debido a la persecución del pueblo judío. Estas experiencias, junto al surgimiento del estalinismo, la llevaron a criticar el totalitarismo y defender la democracia deliberativa para proteger la libertad y la acción. Arendt parte de la distinción de tres tipos de actividad práctica en el ser humano: labor, trabajo y acción. La labor se enfoca en la supervivencia, incluyendo todos los procesos biológicos, el trabajo en la producción del mundo artificial, y la acción en la interacción entre seres humanos y la creación de un modelo social y político.

En “Los orígenes del totalitarismo”, Arendt analiza el surgimiento del totalitarismo en el siglo XX, representado por el nazismo y el estalinismo. Este fenómeno es consecuencia de la sociedad de masa, en la que los seres humanos se convierten en átomos desarraigados de las relaciones interhumanas y del espacio público necesario para la acción, el diálogo y la política.

El totalitarismo se basa en el binomio ideología-terror para consolidar su poder en la sociedad de masa. El terror se manifiesta a través de la policía secreta y el espionaje, que destruyen la vida privada, promoviendo el aislamiento y la soledad, además de los planes de exterminio de los campos de concentración. Por otra parte, la ideología busca anular la identidad del ser humano, convirtiéndolo en un ser superfluo que no reflexiona sobre sus acciones y consecuencias (mal banal). En este sentido, la ideología transforma la naturaleza humana y fomenta el conformismo social para terminar con la libertad política.

La eliminación del espacio público por parte del totalitarismo, resulta en la destrucción del Estado de derecho y la imposición de la voluntad del líder como ley absoluta, impidiendo la pluralidad y disidencia, creando un clima de arbitrariedad. Además, desaparece la ciudadanía en favor de la raza (nazismo) o la clase (estalinismo). Esto conlleva la desaparición de la política y la acción, aspectos fundamentales de la humanidad.

Arendt aboga por la democracia deliberativa frente al totalitarismo, inspirada en la antigua polis greco-romana, donde para Aristóteles la acción (praxis) y el diálogo (lexis) permitían la actividad política. Para los griegos, vivir en la polis significa renunciar a la violencia confiando en el diálogo. Por ello, Arendt defiende que el poder surge de la capacidad de actuar juntos y de la voluntad común de entendimiento. Propone restaurar un espacio público que garantice la igualdad política, los derechos civiles y de minorías, y el derecho a disentir, promoviendo el diálogo, la asociación de los ciudadanos y la acción común. En definitiva, Arendt defiende un valor esencial en el ser humano: la vida activa.